20 DE AGOSTO DEL 2011

TE SEGUIRÉ

Me viene el recuerdo vivo de la primera tarjeta que me dieron, cuyo contenido decía: TE SEGUIRÉ, quien me la regalo, expresaba firmemente: Vicente, a donde sea lo seguirás, sin alejarte nunca de Él.

Esta frase representa un hilo transversal en la historia de mi vida, la historia de mi vocación, desde el principio tuve la conciencia viva y firme que Dios me llamaba para su servicio, toda la formación pretendía configurarme con Cristo Sumo y eterno sacerdote, y asumir la realidad eclesial: como misterio, comunión y misión. Como bien puedo recordar, en este momento las palabras oportunas de Pablo VI, fue la Iglesia la que me saco paulatinamente de mi egoísmo.

Lo sé con toda certeza, y puedo afirmar que la Iglesia me fue sacando de mi mismo para aprender el valor y la experiencia de la comunitariedad, del testimonio divino, de que estamos llamados a tener la experiencia viva de una familia.

Al despedirme de estas tierras prodigas y hospitalarias, no me resta más que experimentar vivamente y profundamente mi agradecimiento a todas las personas que habitan esta costa, quienes desde el primer momento de mi encuentro con todos, me abrieron su corazón y me hicieron sentir en casa, me prodigaron cariño y acogida; no puedo dejar de reconocer esta rica experiencia, palpitamos al unísono del universo, cuando vemos que nuestros caminos se comienzan a abrir para separarse, la nostalgia nos invade recíprocamente, expresiones tan finas y dulces que escuche expresándome el cariño, la valoración y el poco tiempo que pudimos encontrarnos pastor y rebaño.

Recuerdo con emoción aquellas palabras que se pronunciaron sobre mis oídos juveniles el día de mi llamada para mi ordenación sacerdotal, efectivamente fui llamado por mi nombre, cuando lo escuche se activaron mis respuestas impulsivas y firmes: aquí estoy Señor porque me has llamado, un llamado desde toda la eternidad, tengo la conciencia viva de que soy un llamado de Dios, Él ha querido llamarme como una muestra de predilección de su amor. Ser llamado por el nombre expresa el reconocimiento de una subjetividad única e incomparable desde toda la eternidad.

El nombre obedece a un yo personal e intransferible, que es capaz de responder porque es capaz de autocomunicarse, es el don de sí mismo que se posee, se autogobierna y se autodona, precisamente aquí radica todo el misterio de la individualidad de la persona humana. Cuando se escucha y se obedece a la voz del que llama, se inicia un recorrido certero de encuentro y de dialogo. La actitud más congruente frente a la gratuidad de la llamada se encuentra esencialmente en la gratuidad de la respuesta.

Estando inmerso en el vaivén de la historia, particularmente del presente, llegan agolpados tantos sentimientos, anécdotas, palabras, proyectos, ilusiones, pensamientos y decisiones, que no conseguimos digerir rápidamente con la velocidad del pensamiento mismo, precisamente porque el mismo hombre no evoluciona de la noche a la mañana, todos requerimos tiempo para asimilar los acontecimientos, aunque ellos mismos nos propician perplejidad para comprenderlos de inmediato.

Con este artículo, aprovecho para despedirme directamente de cada una de las personas que no tuve la oportunidad de estrechar sus manos para decirles que Dios me permitió el milagro de conocerles y de convivir pastoralmente en aquella Parroquia que ya forma parte de mi historia personal, ella se quedó donde físicamente se ha encontrado desde hace décadas de años, pero de una manera viva, la llevo integrada en el rincón donde guardo mis mas nobles sentimientos de cariño y estima: en mi corazón, de ahí difícilmente saldrá algún día.

Al paso de algunas semanas, ya me encuentro ubicándome e insertándome en el contexto socio-cultural y religioso del Santuario de Guadalupe, cerca de ella, mi madre del cielo y de la tierra, para escucharla, amarla y dejarme conducir por ella hacia su propio Hijo, en realidad mi nueva estancia me hace comprender nuevamente la naturaleza de la misma Iglesia, ser misionera, y ello se encuentra en el corazón mismo del sacerdocio, del cual por infinita misericordia Dios me quiso llamar, para estar con Él.

Heme aquí, aunque no comprenda ampliamente tus designios, como la Virgen María, quiero tomar la actitud de ella, estoy aquí para hacer tu voluntad, pero con la gracia de Dios; ya dejé atrás aquellas imprudencias juveniles, aquellos arrebatos de mi adolescencia sacerdotal, cuando pensaba que yo llevaba las riendas de mi vida y de mis proyectos, para pasar a la comprensión nueva como Pedro, irás a donde no quieras ir. Sí, realmente soy un conducido por Dios y por la historia de mi pueblo, escenario de la revelación divina, escenario de la historia de la salvación, es en la historia de las personas y del mundo donde Dios se nos hace un interlocutor ameno, sencillo, fiel, amoroso y paciente, Dios nos conduce y humildemente nos pide nuestra colaboración a sus criaturas, a sus hijos. Hermanos esta es mi conciencia del sacerdocio vivido en estos 20 años, a quien sea toda la gloria y la alabanza eternamente.

Me abro con esperanza, movida por la caridad, y sostenida desde la fe, hacia aquellas realidades futuras, desconocidas, simplemente intuidas y creídas firmemente, en la Tradición que me sostiene y me asegura la continuidad de mi búsqueda y de mi entrega. Dios me conduzca desde su benevolencia y amor incomparables, por aquellos caminos que misteriosamente la Providencia me tiene reservados, solo le pido su gracia para serle fiel hasta la muerte. Van mis saludos a todos con mucho afecto y mis oraciones que en el silencio puedo elevar por la humanidad, por la Iglesia, por mi Iglesia a quien me debo y amo profundamente.

Pbro. Lic. Vicente Hernández Rivera.